

El guardián de la jungla



Ilustraciones:

Emil Sperling

Benjamin Lacombe



An aerial photograph of a river valley. The river flows from the top of the image towards the bottom. The valley floor is filled with a grid of agricultural fields. A town is visible in the center of the valley. The surrounding hills are covered in dense vegetation. The text labels are overlaid on the image in a cursive font.

Las Yungas

Rio Conventillo

Apachiri

Rio Chirimayo

El guardián de la jungla



Hace mucho tiempo, vivía en un pueblito de Tucumán que se llamaba Alpachiri, en el departamento de Chicligasta, un niño que se llamaba Facundo.

Facundo y Rosita

Facundo vivía con su hermana Rosita y con su mamá Mercedes en una casita al lado del río Chirimayo.

Su papá, Antonio, se había muerto en un accidente en la mina de alumbre, allá subiendo a la cordillera, cuando Facundo tenía siete años. Ya habían pasado tres años y ahora Facundo acababa de cumplir diez, el 14 de julio. Rosita tenía ya cinco añitos. Solo tenía dos cuando su papá falleció.

Su papá trabajaba en la mina casi desde niño chico. Allá comenzó con su papá, el abuelito de Facundo, para ayudarlo y allá trabajó hasta el día que se murió. En ese accidente terrible se habían muerto otros tres hombres. El papá de Fernando, el mejor amigo de Facundo, también falleció. Los otros dos hombres eran de Monte Bello.

Mercedes, la mamá de Facundo, se quedó sola y llena de pena con los dos niños chicos. Fue muy difícil para ella poder salir adelante con dos hijos tan pequeños.

La mamá trabajaba en un pequeño almacén con un puestecito de frutas y verduras cerca de la iglesia. Ayudaba a Doña María, la dueña, que era como una abuela para Facundo y Rosita y como una madre para Mercedes. Le decían tía María y ya estaba viejita. No podía trabajar todo el día, pero aun cocinaba todos los días y lo que más le gustaba era sentar a Rosita sobre sus piernas para contarle viejas historias, cuentos y leyendas. Rosita la escuchaba y le gustaba tanto que podía pasar horas y horas escuchándola. Facundo también.

Pasaban más tiempo en el almacén de la tía María que en su casa, así que, como la tía María estaba sola y no tenía a nadie más, se mudaron a vivir con ella, en la trastienda del almacén.

Facundo ayudaba con llevar y traer cestos y tinajas, con hacer recados y llevar mercaderías, quitar las frutas y las verduras que se ponían malas y con limpiar en el almacén y en el patio o traer leña. También ayudaba con cuidar a Rosita. No le quedaba mucho tiempo para andar dando vueltas y jugando con Fernando. Lo que más les gustaba era

irse al río Chirimayo y bañarse y saltar y cualquier cosa que fuera haraganear por allí. Juntaba piedritas, miraba los animalitos y sobre todo observaba las plantas.



Pero lo que de verdad era el sueño de Facundo, era poder aprender a leer y a escribir.

Un día, cuando le estaba dejando mercadería a Don Manuel, el escribano, se quedó mirando las hojas que había en el zaguán de la entrada a la casa. Don Manuel salió de su escritorio y lo vió allí hipnotizado con las hojas, mirando las palabras escritas en ellas, como si fueran insectos que se fueran a mover. Ni escuchó venir a Don Manuel hasta que le habló:

-¡Buen día Facundo! ¿Querés leer mi correo?- le preguntó Don Manuel sonriendo.

-¡Ay no, Don Manuel! ¡Disculpe *usté!* Yo...es que no sé *leé*...

-Y,... bueno, si querés, podemos hacer un arreglo...-!*Usté* dirá *Señó!*-contestó Facundo lleno de curiosidad.

-Juanin, el hijo de Doña Aurora, mi cocinera, se fue a Buenos Aires y necesito un chico que ayude un poco a Doña Aurora. Si venís unas horas al día y le

ayudás, te ofrezco enseñarte a leer y a escribir.
¿Aceptás?

¡Facundo no podía creer en su suerte! Casi no podía ni hablar.

-!Sí *Señó!*- dijo casi gritando.

-¿Podés comenzar mañana?

-¡Si, Don Manuel!

Así fue como Facundo comenzó a tomar clases con Don Manuel hacía dos años, y ya había avanzado tanto, que le clasificaba el correo a Don Manuel, le llevaba y traía sus mandados y hacía lo mismo con el médico que había llegado de Buenos Aires, Don Faustino. Se había instalado primero en casa de Don Manuel y más tarde en una casa propia, del otro lado de la iglesia.

Mientras tanto, Rosita ya empezaba a ayudar a la tía María con cocinar y a su mamá con tareas en el almacén. Limpiaba las frutas, hacía pequeños mandados y jugaba a veces con Sole, la nena de Doña Lucrecia, la señora que trabaja para Don Faustino y su esposa, Doña Concepción. A veces iban con Facundo y Fernando al río.

Tía María tenía cada vez más problemas para moverse. Tenía el mal en los huesos y se le iban torciendo los dedos de una manera muy extraña. O eso pensaban Facundo y Rosita. Lo mismo le pasaba

con los pies y las rodillas.

Estaba tía María preparando unos emplastos y Facundo miraba todo lo que ella hacía. Fue la primera vez que Facundo escuchó hablar de Doña Rogelia.

-Cuando yo era joven aún, trabajaba yo para Don Luciano, el sacerdote, ¡que Dios lo tenga en su gloria!. El pobre sufría mucho con este mal.- le contó tía María.

La tía María sentía adoración por Don Luciano. Todo lo que tenía se lo debía a él. Gracias a Don Luciano había podido armar el almacén.

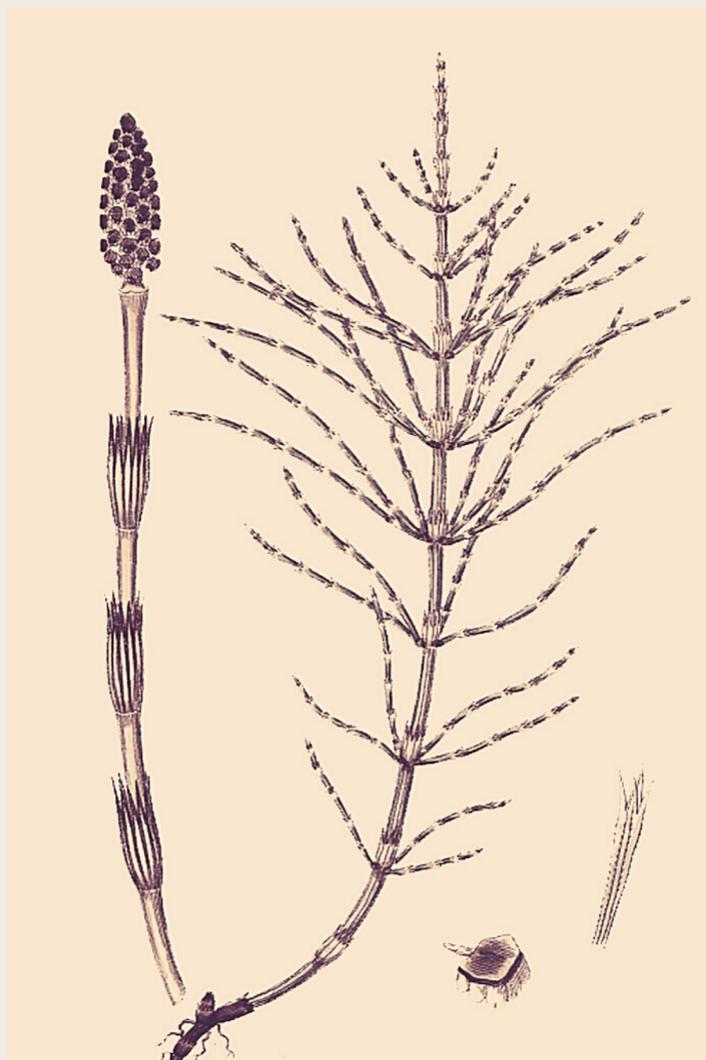
-Rogelia vivía con su papá, que era un viejo chamán, más para allá del río Conventillo, ya entrando a la Jungla de las Yungas.- le continuó relatando tía María.

Facundo estaba muy interesado. Nunca había ido más allá del pueblo, solo un par de veces para el otro lado del río Chirimayo, a Monte Bello, para llevar unas mercaderías con Pedro, el arriero.

-Rogelia casi nunca salía de la jungla, pero de chica estuvo un par de años en el pueblo ayudando a su padre, mientras él estuvo aquí como curandero. No había médico acá entonces *m'hijito*. Ahí fue que la conocí. -dijo tía María- Ella era muy callada y con el papá hablaban otro idioma- la tía María se quedó

pensando- Debía ser quechua, *m'hijito*, pero yo no sé, ¿viste?. Ella era unos años más joven que yo.

-Muchos años después, Don Luciano la mandó a buscar para que le calmara sus dolores. -continuó contándole la tía María- Por eso me acuerdo bien. Rogelia me enseñó. Le preparaba un remedio con yerba de la plata, ortiga, jengibre y azafrán de la India. Lo machacaba y mezclaba todo, lo ponía a cocer y después le ponía emplastos a Don Luciano en las manos, los pies y las piernas y le daba el agua de cocer a beber. Ya al poco estaba aliviado. Es lo mismo que estoy haciendo ahora, viste?



Yerba de la plata

-Y, ¿como es eso, tía María?- le preguntó Facundo maravillado.

-Rogelia me contó, que la hierba de la plata recupera lo que el dolor se te lleva, el jengibre y el azafrán de la India te bajan lo inflamado y la ortiga te quita el dolor. No sé cómo pasa eso. Es como un milagro, pero así

es. Rogelia conocía cada hierba y cada hoja y qué hacer con ellas. ¡Pero también las que te matan *m'hijito!*- dijo tía María muy seria.

- ¿Y cuales? ¿Te contó también?- la curiosidad de Facundo era cada vez mayor.

-Solo sé de la cicuta y la higuera del diablo, ¿viste?. ¡De esas tienes que apartarte!

A Facundo le fascinaban esas historias que le contaba tía María. Se imaginaba conocer a Doña Rogelia, pero a lo mejor hasta y ya estaba muerta, pensaba él. Hacía mucho tiempo que nadie sabía nada de ella.

Tía María le había contado también que la razón por la que había regresado a la jungla con su padre, fue que cuando aún era una chica joven, llegó un extranjero que se los llevó a ella y a su padre de vuelta para allá. Se llamaba Pablo Lorentz y era un hombre medio



Cicuta

estrafalario que buscaba remedios en la selva. Debía tener mucha plata porque se construyó una gran casa en la jungla y se llevó ahí a Rogelia y a su padre para aprender de ellos. Desde entonces Rogelia solo volvió para ayudar a Don Luciano. La gente siguió yendo allí durante mucho tiempo para curar sus males. Pero los más jóvenes se fueron olvidando de ella. Claro que muchos ni llegaron a conocerla.

En esas andaba Facundo, que seguía aprendiendo a escribir y leer con Don Manuel. Nunca pensó que pudiera ser algo para tan largo, porque siempre había palabras



Casa de Don Pablo

nuevas que no conocía ni sabía como escribir. Además eso de escribir era un poco caprichoso, porque había cosas que se decían igual pero se escribían diferente y al revés también. También seguía trabajando ayudando a Don Manuel, a Don Faustino, a Doña Aurora y en el almacén. De a poco se fue haciendo cada vez más difícil, porque su mamá empezó sintiéndose un poco fatigada, pero

ya pronto, apenas tenía fuerzas para levantarse.

La tía María le preparaba calditos e intentaba hacerle remedios, así como recordaba que los hacía Doña Rogelia, pero no servía de mucho. Hasta Don Faustino la pasó a visitar, cuando supo la razón por la que Facundo iba cada vez menos.

-Es que mi mamá está malita Don Faustino. -le dijo Facundo casi llorando- Hace semanas que ya no se puede levantar. La tía María decía que debía ser un mal aire, pero sus remedios ya no le hacen nada. ¡Yo ya no sé qué hacer Don Faustino!

-¿Pero cómo no me dijiste nada Facundo?-Le contestó Don Faustino.

-Es que mi mamá tiene un poco de miedo de *usté Señor*.-dijo Facundo con un poco de vergüenza.

-¿Pero miedo de qué, muchacho? ¡Nunca me comí a nadie! Dale que agarro mi maletín y ya voy contigo.-respondió Don Faustino y ya estaban saliendo.

Facundo estaba muy preocupado por su mamá, pero también porque no podían pagar a Don Faustino. Pero no se atrevía a decirlo. Cuando ya estaban por llegar al almacén, le soltó de una:

-Don Faustino, ¡pero no tenemos plata para pagarle!

-¡Dejá Facundo! ¡no seas sonso!- le dijo Don Faustino.

Facundo entró a la casa por el almacén, detrás de Don Faustino. Allí estaban la tía María y Rosita, atendiendo a Doña Lucrecia. Ya comprendieron lo que pasaba, al ver entrando a Don Faustino.

-Ay Don Faustino, ¡Que bueno que pueda venir *Usté!*- Dijo la tía María.

-¡Buen día Doña María! Vamos a ver que se puede hacer.

Facundo mostró al médico cómo llegar a la pieza en la que estaba su mamá y Don Faustino comenzó rápidamente a sacar cosas de su maletín. Facundo fue saliendo silencioso de la pieza, porque no quería molestar, pero se quedó en el corredor, por si su mamá o Don Faustino lo llamaban.

-¡Buen día Mercedes! Me cuenta Facundo que lleva semanas sintiéndose mal- dijo Don Faustino-

Sí, Don Faustino. Me duele la panza y la espalda y ni tengo fuerzas para hablar.- contestó Mercedes con un hilito de voz.

Don Faustino comenzó a escuchar su pecho con un tubo que tenía un platillo de metal y que luego se dividía en dos que iban uno a cada oreja del médico.

El platillo estaba frío y Mercedes dió un respingo.

-Sus pulmones están bien, pero le veo que tiene usted mal color. Debe tener mal en el hígado. Saque la lengua, por favor.

Mercedes sacó la lengua y estaba medio amarillenta.

-Hmmm- murmuró Don Faustino.

Facundo estaba esperando nervioso. Se estaba ya mordiendo las uñas. Don Faustino ya estaba mucho rato en el cuarto y él estaba cada vez más preocupado.

Por fin, Don Faustino salió y le habló:

-Facundo tu mamá está muy enferma. Tiene mal de hígado y de riñón. Debería en realidad irse a la ciudad. Le voy a dejar unos remedios, pero no hay mucho que yo pueda hacer. Tendrá que reposar y beber mucha agua. Debería comer cosas dulces. Con suerte se podrá recuperar, pero si no mejora, tendrán que ver de llevarla a la ciudad.

-¡Sí, *Señó!* ¡Gracias *Señó!* ¡No sé como se lo podré pagar!- contestó Facundo emocionado.

-No es nada Facundo. ¡Ojalá y se ponga bien!

Facundo acompañó a Don Faustino a la calle y se despidió de él. Volvió a entrar corriendo y le contó a la tía María y Rosita lo que había pasado. La tía María estaba rezando y Rosita también. Se alegraron por lo que contó Facundo, pero al mismo tiempo sintieron miedo.

Esa noche Facundo no pudo dormir. Estaba muy preocupado por su mamá y por lo que había dicho

Don Faustino, que él poco podía hacer. Facundo empezó a pensar en Doña Rogelia. ¿Estaría viva aún? ¿Seguiría viviendo para allá del Conventillo? ¿Podría ayudar a su mamá?

Pasaban los días y su mamá había mejorado un poquito, porque al menos estaba comiendo algo, pero seguía sin tener fuerzas para poder levantarse y su piel se iba volviendo como un viejo papel, como los que tenía Don Manuel en su escritorio.

Facundo le había hablado a la tía María de buscar a Doña Rogelia, pero la tía María no contestó y se quedó pensando. Últimamente hablaba cada vez menos. Una semana después de que vino Don Faustino por primera vez, allá en la nohecita, la tía María le habló muy bajito, pero muy seria a Facundo:

-Mañana muy tempranito vas a salir *m'hijito* y te vas para el Conventillo y vés de cruzarlo a la altura donde se encuentran los dos brazos. Al otro lado había un caminito, que llevaba al norte y por ahí, a como una media hora de camino, está la casa de Don Pablo, en donde vivía Rogelia. Ojalá y aún viva allí.-le propuso la tía María.

-¡Sí, tía María! ¡Allá iré! Le voy a hablar al Fernando a ver si quiere venir conmigo.

Facundo salió corriendo a hablarle a Fernando y

quedaron de encontrarse al alba delante de la iglesia.

Esa noche ni pudo dormir, de los nervios, la preocupación y la impresión. ¡Y a lo mejor hasta iba a conocer a Doña Rogelia! ¡Le costaba creerlo!

Ya antes del alba, estaba Facundo esperando delante de la iglesia. Algo parecido le debió pasar a Fernando, porque cuando llegó aún era de noche. Allá se fueron los dos, corriendo más que caminando, hacia el río Conventillo. Amaneció poco antes de llegar. A la altura de la unión de los brazos del río había un puentecillo de cuerdas y tablones y por allí pasaron al otro lado. Se veía medio oscuro, con todos los árboles. Se escuchaban todo tipo de sonidos de animales.

El caminito hacia el norte aún existía, así que lo tomaron y cuando, después de ya mucho rato, creían que se habían equivocado o que ya no existía la casa, allí apareció, tras un recodo una casa en



Río Conventillo en las Yungas

el medio de los árboles.

Al acercarse estaba todo silencioso. No parecía que allí viviera nadie. Golpearon en la puerta, pero nadie vino. Volvieron a golpear. Al ver que nadie venía, empezaron a dar vueltas para ver si veían a alguien o si podían entrar. Al trepar a una ventana, Facundo vio algo que se movía. Se quedó mirando, porque no podía distinguir lo que era. De repente tenía delante de él una cara pequeña y arrugada que lo miraba fijamente. Facundo se cayó del susto al piso. Cuando se levantó ya había alguien que estaba abriendo la puerta. Facundo y Fernando se quedaron petrificados.

¡Aquella no podía ser otra que Doña Rogelia! Era una viejita tan pequeñita que si no fuera por las arrugas, bien podría ser una niña. Era más chiquita que Facundo. Estaba fumando de una pipa y los miraba sin decir nada.



Doña Rogelia

-Do-Do-ña Rogelia- tartamudeó Facundo-la tía María, la que trabajaba para Don Luciano me dijo que igual la encontraba aquí...

- Hmmm- fue todo lo que contestó Doña Rogelia. Facundo se preguntaba si hablaba el mismo idioma, pero debía ser que sí. Así que continuó:

-Mi mamá está muy enferma y vine a buscarla para que me la pueda curar. La tía María dice que usted va a poder.

- Hmmm- volvió a decir Doña Rogelia- *Esperaimé'acá.*- y dio la vuelta y volvió a entrar en la casa.

Al cabo de nada, estaba de vuelta con un saquito a la espalda. Salió de la casa, cerró la puerta y les dijo:

-*¡Yayvamos?*

- ¡Sí, Doña Rogelia!

Estaba viejita, pero era ágil y ligera como un pajarito. Ya iban siguiendo a Doña Rogelia, que conocía bien el camino.

Por la tardecita estaban ya en el pueblo y Doña Rogelia saludó a la tía María con una inclinación de cabeza. La tía María estaba como si hubiera visto un fantasma.

Facundo llevó a Doña Rogelia a donde su mamá y allí ella empezó a olisquear y tocar a Mercedes por todos lados y de todas las maneras. Doña Rogelia

tenía unas manos chiquitas y huesudas, pero fuertes y suaves a la vez. Sus dedos eran como el tubo de Don Faustino, que todo lo escuchaban.

Doña Rogelia abrió su saquito y comenzó a sacar hierbas y polvos y se fue con Facundo a la cocina a preparar un remedio para su mamá. En realidad varios remedios.

Doña Rogelia sacó un trapo largo y lo estiró encima de la mesa. Sacó una tinajita que había llenado en el río Conventillo y puso a hervir agua en una ollita. Ahí metió diferentes hierbas y polvos que fue sacando de su saquito. Al final metió unos palitos enmarañados también en la olla.

Facundo no podía dejar de observar, pero nadie decía palabra. Él tenía mil preguntas para hacerle, pero aquella viejita no parecía tener muchas ganas de hablar. Lo importante ahora era que pudiera salvar a su mamá, así que Facundo se mordió la lengua y siguió mirando.

Cuando todo aquello que estaba en la olla, hirvió un ratito, Doña Rogelia pasó el líquido por un trapo y lo vertió en una taza. Se lo dió a Facundo, para que se lo llevara a beber a su mamá. Ella continuó poniendo pedazos de una planta carnosa en el trapo largo encima de la mesa, le puso más hierbas y polvos y con todo eso envuelto hizo un emplasto

alargado y se lo llevó a Mercedes, para poner todo alrededor de su cuerpo, a la altura de la panza.

Facundo la observada hacer y quería aprender, pero no tenía ni idea de todo eso que Doña Rogelia había traído y puesto en el agua y en los trapos.

Doña Rogelia agarró su saquito y Facundo escucho como le murmuró algo a la tía María. Él no pudo entender, solo entendió cuando dijo:

-Yamivoy

-¿Cómo?, pero...¿y como hacemos?-preguntó Facundo nervioso.

-Mañianayvengo- contestó Doña Rogelia y ya estaba saliendo para irse.

La tía María le contó a Facundo que Rogelia le había dicho que ya solo bebieran agua del río Conventillo, que el agua del Chirimayo estaba mala y que en la nochecita le dieran a Mercedes el resto del agua hervida y que dejaran el emplasto hasta el día siguiente, que ya ella le iba a hacer otro nuevo. Al día siguiente, ya muy tempranito, estaba Doña Rogelia de vuelta en la casa. Era un poco como un fantasma, porque no se escuchaba llegar. Se puso de nuevo a hacer sus remedios con agua de su tinaja y a cambiar los emplastos de Mercedes. Le dejó agua para beber y le dijo que tenía que beberla toda hasta el día siguiente. Además le preparó una sopa

para tomar con alcauciles silvestres, amargón, apio, perejil y papas. A Facundo y Rosita y la tía María les dijo que eso iba a limpiarle el cuerpo a Mercedes. Así estuvieron unos diez días, en que Doña Rogelia iba y venía. Facundo quería acompañarla, pero ni se atrevía a decirle, hasta que un día, de repente, ella le dijo:

-Muchacho, vení, te *voi mostrá*.

Facundo la siguió y vio que iba hacia el río. Tenía un poco de temor, porque ya era tarde, pero igual la siguió.

Cuando llegaron a la casa de Doña Rogelia, ella comenzó a hablar:

-Muchacho, vos tenés que *aprendé*. Yo y ya soy viejita. ¡Mirá!-le dijo Doña Rogelia, para sorpresa de Facundo que pensaba que ni sabría hablar su idioma.

Facundo comenzó a mirar a su alrededor y vio como la casa estaba llena de papeles, de plantas secas colgando por todos lados, de botellas color ámbar llenas de cosas, que ni sabía que podían ser.

-Tu mamá tiene mal los hígados y los riñones- le comenzó a contar Doña Rogelia.

Ahí sacó un libro de una balda y lo abrió, mostrándole un dibujo de un hombre destripado. Le mostró a Facundo en el dibujo, de lo que estaba

hablando. Facundo intentó leer, pero aquello era otro idioma.

-Estos eran *toos* de Don Pablo y eso ahí es alemán. Pero las personas somos *toas* iguales por dentro, así dicho.

-El agua del río Chirimayo viene mala de la montaña, porque por allá le viene agua mala de la mina. Todas las aguas se juntan después, pero la que viene de acá de las Yungas, baja aún buena. De esa deben *bebé*- continuó Doña Rogelia- A tu mamá hay que *limpiale* el cuerpo. El alcaucil silvestre y el amargón con las papas, el perejil y el apio, le ayudarán a recuperar fuerzas y a curar sus hígados y sus riñones. El emplasto de aloe, romero, boldo y angélica le empujarán el mal del cuerpo a salí. Tiene que *bebé* mucha agua limpia *pa'* que *too* ayude a salí y no se quede *too* dentro.

Facundo estaba registrando todo lo que ella decía, pero no creía poder recordar tantas cosas. Ella continuaba:

-El remedio para *bebé* se hace con polvo de amargón, cardos secos, boldo, guasukaa, gayuba y genciana. Muchas de estas plantas las tengo acá, otras las hay que *buscá* en la montaña, donde la tierra es seca, porque no crecen por acá. El amargón, los cardos y la gayuba ayudan a limpiar y curan las

tripas por dentro, así dicho. La raíz de genciana son estas marañitas de palitos- dijo, mostrándole lomismo que había puesto en el remedio para su mamá- esto alarga la vida, muchacho, te cura por dentro.

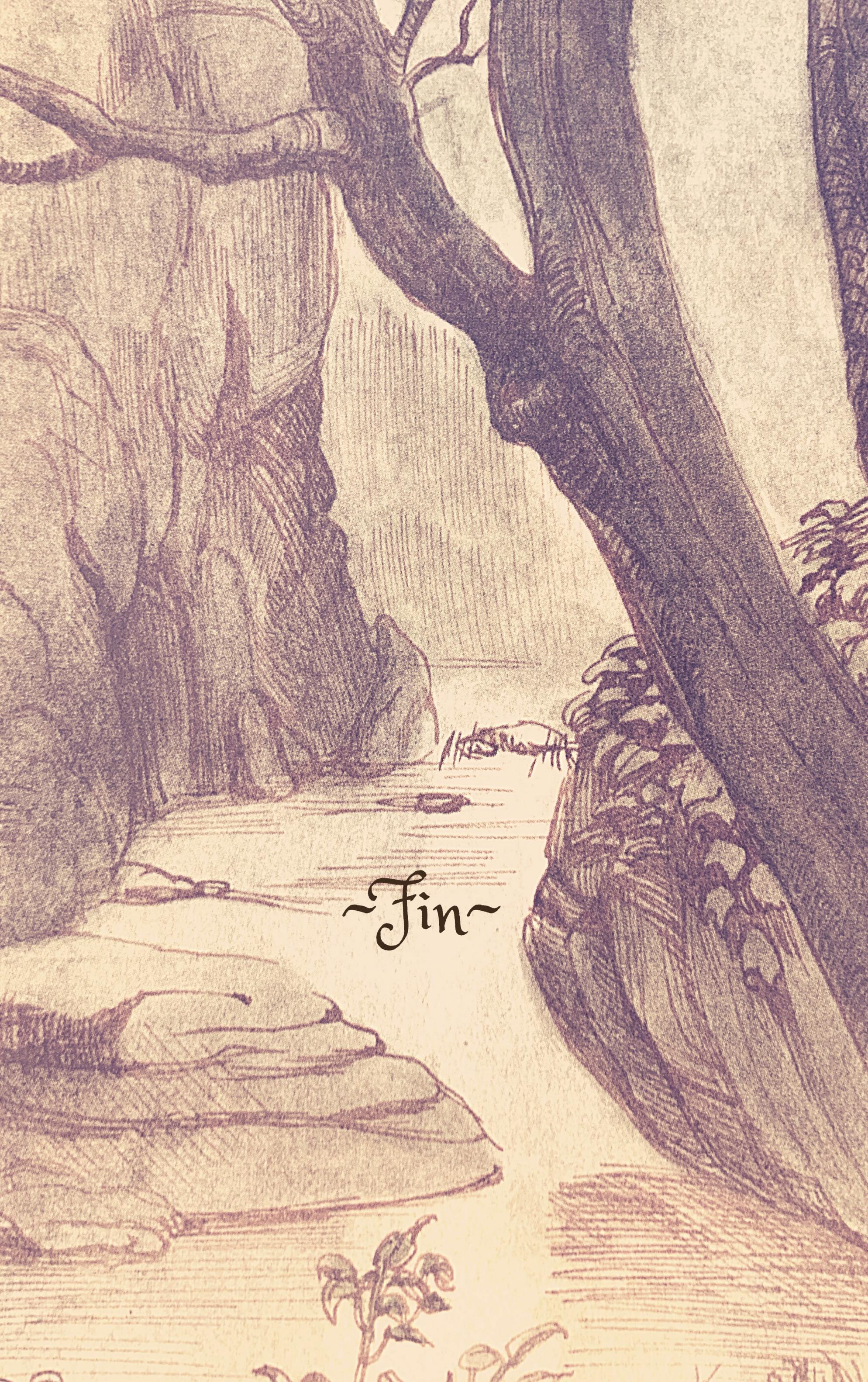
Y así le siguió contando. Esa noche Facundo ni durmió. Al día siguiente muy tempranito, salieron de nuevo para Alpachiri. Su mamá se había levantado de la cama, por primera vez en muchas semanas. Y ya no tenía el color de los viejos papeles de Don Manuel.



Raíz de genciana

Ya cuando su mamá se curó del todo, Facundo continuó yendo a las Yungas a la casa de Doña Rogelia. A veces se quedaba días y días allá. ¡Había tantas cosas para aprender de Doña Rogelia y de todas los tesoros que tenía escondidos por la casa! Doña Rogelia aún vivió muchos años y Mercedes también.

Facundo se convirtió en el guardián de los secretos de Doña Rogelia, el guardián de la jungla.



~Fin~

Facundo es un niño de 10 años que vive en Alpachiri con su mamá, su hermanita pequeña Rosita y la tía María. Un día su mamá se enferma y ningún médico puede curarala. La tía María le cuenta a Facundo que Doña Rogelia, la viejita que vive en el bosque sabe todo lo que necesita para ayudar a su mamá. Ahí comienza la aventura de Facundo para ayudar a su mamá y para descubrir el increíble mundo de los secretos de la jungla.

